



Alcaldía de Medellín

PLAN ESPECIAL DE SALVAGUARDIA (PES) MANIFESTACIÓN CULTURAL SILLETERA

Ejes de acción de Salvaguardia

Proyectos de investigación

Transmisión, educación y comunicación social del patrimonio

Temática de investigación

Historias y memorias de la manifestación cultural silletera

Proyecto

Repositorio digital de memoria oral: Raíces, Cultura Silletera - Fase 2

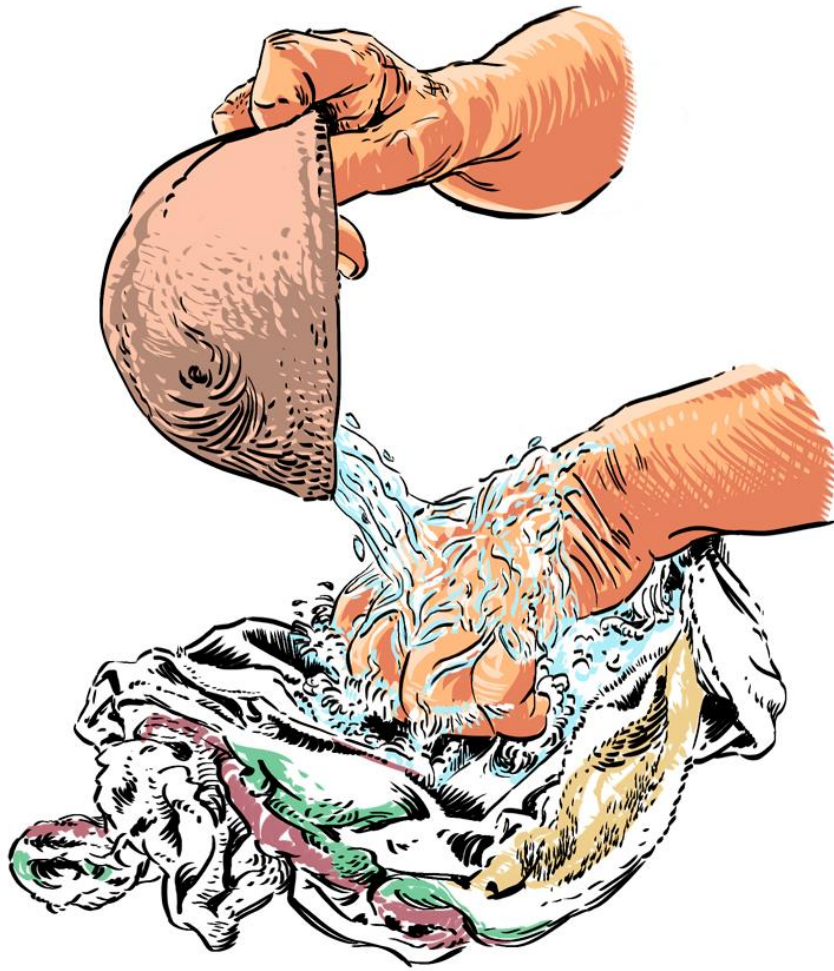
Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín

Unidad de Memoria y Patrimonio Cultural

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

2018



Lavanderas, oficio de silleteras

Por: Sonia Milena Pineda Rodríguez.

*Historiadora, investigadora
Instituto de Estudios Regionales
Universidad de Antioquia*

Introducción

Las lavanderas silleteras son las lavanderas de Santa Elena, mujeres que gracias a los vínculos generacionales establecidos con una comunidad y un territorio imprimieron especificidades a un oficio que así, tal cual, no se hallaba fácilmente en ninguna otra región cercana. Lavanderas había muchas, en todas partes, ¡toda la vida!, por lo menos hasta que se masificaron las lavadoras. Pero lavanderas silleteras sólo es posible encontrarlas –aún hoy, ancianas, pero con muy buena memoria- en el territorio que hizo del cargador de cabuya y del esfuerzo físico que implica transportar una carga sostenida desde la cabeza, una expresión campesina y artística digna de ser identificada como patrimonio cultural.

Cabe decir que las silleteras trabajaron hombro a hombro con los hombres, y que se les veía en todos los oficios agrícolas y de transporte que surgieron en Santa Elena. Por eso, en otros apartes de estos relatos contenidos en *Raíces, Cultura Silletera*, las encontrarán hablando de la extracción de productos del bosque, del cultivo y beneficio de la cabuya y, como no, de la siembra y comercialización de flores. Sin embargo, hubo *destinos*¹ que sólo les correspondieron a ellas y que supieron aprovechar en función de conseguir excedentes económicos que les permitiera mayor independencia de sus padres y maridos en una época cuando las oportunidades laborales para las mujeres no era algo muy común. Además del oficio de lavanderas, se tiene referencia, por ejemplo, de la elaboración de arepas y quesitos,

¹ Esta es la palabra de uso más frecuente en Antioquia para indicar cualquier oficio o labor doméstica.

jabón de tierra, el trabajo con animales del campo -en especial con cerdos y gallinas-, y del oficio de la partería.

Así pues, el siguiente texto referido al oficio de las lavanderas encaja a la perfección con el espíritu de este proyecto: ir a las raíces de lo que significa ser silletero y silletera; buscar en la memoria de abuelos y abuelas y en algunos de los rastros documentales y huellas del pasado eso que le dio un sello identitario y único a los campesinos y campesinas de este territorio. La apuesta específica de esta pesquisa es por las mujeres. Por ello, la idea es delinear un paisaje que las sitúe en un lugar justo dentro de esta historia. Con seguridad quedarán faltando muchos elementos, pero en cualquier caso se trata de motivar otras versiones y relatos que contribuyan a ampliar el conocimiento sobre ellas y a valorar esas vidas con nombres propios.

La reconstrucción de estas memorias de lavanderas estuvo atravesada por algunas dificultades metodológicas, la más determinante la supuso contactar a las que aún están vivas. En los recorridos del equipo de trabajo de *Raíces, Cultura Silletera*, las personas en las veredas de Santa Elena referenciaban nombres de muchas lavanderas que habían conocido en otra época, pero casi todas ya están muertas o en condiciones de salud complejas, debido a sus avanzadas edades. Otro de los tropiezos tuvo que ver con el hallazgo de referencias bibliográficas sobre quiénes eran o habían sido estas mujeres; si aún hoy son escasas las historias que hablan de mujeres trabajadoras en el contexto regional, es fácil imaginar que las posibilidades de hallar material referido a la dinámica e historia de un gremio que vivió en los márgenes de la cadena productiva, son mucho más reducidas.

A pesar de esto, los testimonios hallados ofrecieron información que permitió acercarse a una caracterización de este oficio desde las memorias de estas mujeres. Pero como cualquier proceso de reconstrucción de las historias y las memorias de una comunidad, es un proceso



Lavanderas, oficio de silletteras

que no deja de ser subjetivo así apele a los métodos de investigación más sofisticados; se debe subrayar que, para el caso de este texto, ésta cuenta con la mirada del equipo de investigación que tuvo el privilegio de escuchar a algunas de las pocas lavanderas que aún quedan en Santa Elena. Para más información, ingresar en <http://raíces.patrimoniomedellin.gov.co>

I

Lavanderas

Las lavanderas de Santa Elena que participaron durante esta investigación son mujeres tímidas y reservadas que no ocultaron su sorpresa al ver que su oficio resultaba de interés para la historia y las memorias de los silleteros del territorio que ocupan y, por supuesto, de Medellín, en general. Fue una fortuna poder hallar, aún vivas, a tres hermanas lavanderas (Londoño Rodríguez), hijas de una lavandera. Después de varias visitas, ellas accedieron a dar sus testimonios y fue gracias a sus aportes que se lograron reconstruir los relatos escritos y audiovisuales. Junto con ellas se logró entrevistar a otras dos lavanderas y a la hija de una lavandera ya fallecida. Por último, al buscar la historia que había detrás de la extracción de cabuya, fue viable ubicar a otra lavandera que había combinado esos dos oficios. El grupo de mujeres entrevistadas, y cuyos testimonios se podrán hallar en este texto, son las siguientes:

Aurora Atehortúa Cruz. De 84 años, lavandera de la vereda Mazo (Santa Elena). Hija de Juan de la Cruz Atehortúa, de la vereda Barro Blanco (Santa Elena) y Mariela Cruz, de la vereda Romeral, (Guarne). La mamá de Aurora fue lavandera. Una de las abuelas lavaba, la de Barro Blanco. Doña Aurora pertenece, pues, a la tercera generación conocida de lavanderas. También se dedicó a la extracción de cabuya con carrizo.

Ángela María Soto Atehortúa. De 47 años, oriunda de la vereda Piedra Gorda, (Santa Elena), hija y nieta de lavanderas. Sus padres fueron Ana Lía Atehortúa, -hija de Zoila Rosa Atehortúa, lavandera- y de Fabio Soto Hernández, hijo de Félix Soto y Blanca Oliva Hernández. La entrevista se centró en reconstruir la experiencia de su madre como lavandera, aunque en múltiples ocasiones se refiere también a su abuela. Su madre Ana Lía Atehortúa trabajó como lavandera hasta el último día de su vida, e incluso, moriría mientras distribuía ropas en Medellín.

Ligia Londoño Rodríguez. De 78 años, lavandera del sector El Rosario - Piedras Blancas (Santa Elena). Nieta de Claudina Atehortúa y Jesús María Rodríguez (abuelos maternos) y de Pedro Antonio Londoño y María Cleotilde Atehortúa (abuelos paternos). No se registró el nombre de los padres, aunque se indicó que éstos se dedicaban a la agricultura y al procesamiento de la cabuya en carrizo. Su padre vendía flores en Medellín y su mamá lavaba ropa. La abuela materna era lavandera. Falleció en febrero de 2019.



Ligia Londoño Rodríguez. Fotografía Árbol Visual, 2018.

Dolly Londoño Rodríguez y María Belén Londoño Rodríguez. Hermanas de Ligia Londoño Rodríguez, otra de las lavanderas entrevistadas. Ambas, lavanderas del sector El Rosario - Piedras Blancas (Santa Elena). Ella y Ligia fueron las lavanderas que dieron sus testimonios para los productos audiovisuales del proyecto. En la entrevista conjunta que se les hizo

explicaron cómo sus padres se dedicaron al cultivo y comercialización de flores. Sumado al testimonio de Ligia es posible comprender mejor la pluralidad de oficios con los que coexistían los silleteros.



Dolly Londoño Rodríguez.

Fotografía Árbol Visual, 2018.



María Belén Londoño Rodríguez.

Fotografía Árbol Visual, 2018.

María Lía Alzate Rojas. De 78 años, lavandera de la vereda Piedras Blancas (Santa Elena). Hija de Juan de la Cruz Alzate e Inés Emilia Rojas (lavandera). Indicó que comenzó a lavar ropa desde los siete años. Si bien este oficio no le produjo afecciones de salud de forma directa; otras labores domésticas, como cocinar en leña, deterioraron su salud hasta obligarla a retirarse de cualquier trabajo físico pesado.

María Olga Ríos Hernández. De 80 años, lavandera del sector El Rosario -Piedras Blancas (Santa Elena). Hija de Juan de Jesús Ríos (El Rosario) y María Hernández (Piedra Gorda).



Lavanderas, oficio de silleteras

Abuelos paternos: Juan Clímaco Ríos y Leonor Atehortúa; maternos: Catalina Soto y Adolfo Hernández. Los abuelos cultivaban flores y papas. Estudió hasta segundo de primaria y desde pequeña ayudó a lavar ropa. Uno de sus familiares, Alfonso Ríos Ramírez, fue entrevistado durante la primera fase de *Raíces, Cultura Silletera*, y gracias a su testimonio se obtuvieron pistas para identificar el oficio de las lavanderas dentro de esta familia.

II

Inicios y motivaciones en el oficio

(...) eso venía desde la raíz, las abuelitas también lavaban².

Los recuerdos comienzan a emerger con las abuelas metidas en la quebrada; después hay imágenes en la memoria en las que doblan la ropa que, separada en talegos, metían en costales para llevar a Medellín; “...ella no dejaba tocar eso de nadie porque la ensuciábamos”, dice Ángela María Soto Atehortúa en Piedra Gorda, hija y nieta de lavanderas; y agrega que su abuela a la ropa “la cuidaba más que a ella misma”, sugiriendo su nivel de responsabilidad. La meticulosidad del manejo que se le daba a la ropa parece provenir de una época en la que cada prenda era un artículo sumamente preciado para las personas. Si bien ya existían fábricas de tejidos en Medellín, los costos de las telas seguían siendo altos y tener un par de vestidos o camisas extras hacía parte de los artículos de lujo, destinados de manera exclusiva para lucirlos en las misas de los domingos o en algunas ocasiones especiales. Tanto para las lavanderas como para los clientes, y sin detallar cuál era el número de prendas promedio en un hogar de una u otra condición económica y social, la ropa era costosa y escasa, y por lo tanto requería toda la atención necesaria en el lavado o en la costura de remiendos y arreglos que les procurara una mayor duración. De ser posible, el uso de la ropa se prolongaba tantos años como hijos hubiera en la casa, pues ésta se iba heredando entre los hermanos.

Las abuelas iban acompañadas de sus hijas y nietas a las quebradas. La edad iniciática para esta labor era a los nueve o diez años. Al comienzo, las labores a realizar eran sencillas, como remojar la ropa cuando se asoleaba; es decir, cuando se exponía al sol para descurtirla. Pero

² Aurora Atehortúa Cruz.

rápidamente una mujer podía estar a cargo de todo el proceso, desde el lavado, el secado, el empacado y la distribución en Medellín hasta responsabilizarse por completo de algún “trato”³. La flor de la edad de una lavandera era la juventud, cuando estaba más capacitada para los grandes esfuerzos físicos que implicaba el trabajo en la quebrada, sobre todo la carga y el transporte de los bultos durante la recogida o distribución de la ropa en la ciudad.

Retirarse del oficio era una situación que solía darse por la pérdida de las condiciones de salud en la vejez. Etapa en la que solían manifestarse las incapacidades que acarrea esta labor. Sin embargo, hubo casos como el de Lía Atehortúa, por ejemplo, la mamá de Ángela Soto Atehortúa, quien trabajó como lavandera hasta el último de sus días y quien, con más de setenta años, muriera mientras repartía la ropa en Medellín.

Las hijas aprendían este oficio viendo a sus madres. Todas las mujeres entrevistadas indicaron que para ser lavanderas lo único que necesitaron fue aprender a través del ejemplo y que, en todo caso, lavar era uno de los oficios domésticos que aprendían igualmente como parte del mantenimiento de las casas:

No había que saber sino que el ejemplo lo cogimos... como nosotras nos sentábamos allá en el lavadero a ver mi mamá cómo lavaba; con la abuelita igual. Nos acurrucábamos desde pequeñas a ver cuándo salían de ahí del agua para la casa, a nosotras no nos dieron clases sino que veíamos (Aurora Atehortúa, comunicación personal, 10 de septiembre de 2018)

³ Se le denominaba “trato” al pacto o negocio por cada cliente. Se decía entonces que se tenían uno, dos, tres o más tratos y no un número de clientes.



Fotografía Árbol Visual, 2018.

Lavar era un *destino* exclusivo de mujeres, aunque no su único *destino*. Quienes se dedicaban a ser lavanderas contaban con poco tiempo para los oficios domésticos y agrícolas del hogar, y por ello antes de llevar las primeras ropas a la quebrada debían madrugar a cocinar las comidas del día, de manera que sólo tuvieran que ir a *servirlas*⁴ en las horas habituales, o en

⁴ Una de las tareas centrales de las amas de casa era “servir” a cada comensal la comida. Por eso las lavanderas debían interrumpir sus labores para esta labor específica.

otros casos debían adelantar tareas de la huerta. Muchas lavanderas pudieron dedicarse exclusivamente a este oficio cuando contaban entre su descendencia con hijas mayores que se hacían cargo de la crianza de sus hermanos menores y se ponían al frente de las labores domésticas mientras ellas lavaban. Hubo otras madres solteras, que llevaron a cabo las labores de crianza y del lavado de ropa al mismo tiempo, aunque con dificultades y riesgos mayores como, por ejemplo, tener a sus hijos pequeños merodeando cerca de las quebradas. En la primera mitad del siglo XX, cuando se pueden ubicar los recuerdos más lejanos de quienes dan testimonio del oficio de las lavanderas en Santa Elena, la economía familiar estaba soportada en muchos oficios que se ejercían al tiempo o según los ciclos agrícolas de los cultivos predominantes en el territorio: flores, papas, moras, cabuya, etc. Pero las labores agrícolas –para quienes tenían donde cultivar o estaban empleados en cultivos ajenos– coexistían con los oficios que generaban algún tipo de excedente económico; entre ellos, la extracción de productos del bosque como maderas, tierras, musgos, plantas, pájaros; la elaboración del carbón vegetal y el lavado de ropa, que era practicado sólo por las mujeres. Parece ser que en muchos casos los ingresos económicos derivados del lavado de ropas se destinaban a los gastos de las mujeres de la casa; es decir, no era dinero que se gastara en el mercado o en otros beneficios para el grupo familiar, sino que, por ejemplo, se disponía para comprar un vestido o un par de zapatos para la madre o sus hijas. Ante la dificultad de conseguir objetos y enseres, dada la escasez económica derivada de trabajos tan precarios, muchas mujeres de Santa Elena vendían estos servicios y suplían de este modo sus necesidades. Ligia Londoño Rodríguez, lavandera del sector El Rosario – Piedras Blancas, de Santa Elena lo recuerda así:

¡Ah sí!, a mí me gustaba mucho tener mi plata de cuenta mía. Como yo no tener que depender de nadie, para pedirle yo “deme con qué irme para tal parte o que necesito...”. No, a mí no... ya uno porque ya no tiene de otra, pero yo en toda mi vida trabajé y desde que empecé a trabajar yo no llegaba a pedir en la casa para que me dieran un vestido, para que me dieran unos zapatos, nada. Yo no. Y después de casada que también seguí trabajando, yo nunca llegué a pedir, a mí me gustaba tener mi plata de cuenta mía y no tener que pedir nada. (Ligia Londoño Rodríguez, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

Puede decirse, entonces, que la motivación central para ejercer este oficio era lo económico, pues gracias a éste las mujeres lograban generar ingresos mediante una labor que sólo realizaban ellas y que, por lo tanto, no contaba con la competencia masculina. Pero el dinero resultante era poco, pues tal como sucede con casi todos los oficios domésticos, lavar ropa era algo también muy poco valorado. A pesar de ello, para las lavanderas y dadas sus condiciones socioeconómicas, su oficio sí podía significarles “mucho” dinero o al menos el suficiente para seguirlo ofreciendo.

Todas las lavanderas entrevistadas indicaron que para cobrar el dinero por la ropa lavada era común hacer la cuenta por piezas y por docenas: una pieza era una prenda sencilla como una camisa o una funda de almohada; las que eran más complicadas de lavar como los pantalones, las sábanas, las cobijas, las cortinas o los tapetes se contaban por dos, tres o más piezas. De esta forma, la lavandera cobraba su labor por cada docena de piezas. Las hermanas Dolly y María Belén Londoño Rodríguez recordaron así esa relación económica:

Cuando eso la ropa se lavaba muy barato, eso era por ahí dizque a uno veinte (1.20), pues eso era a un peso con veinte centavos. Mi mamá le hacía la cuenta a uno en la casa o las docenas que mandaba y lo mandaba a uno con el papelito: “vea entregue la ropa y vea la

lista aquí lo que me van a mandar de plata”. Uno no podía llegar donde la mamá sin la plata “¡a ver la plata que me pagaron! [...] En esa época eso de uno veinte (1.20) eso era un platal y uno mercaba o como el cuento compraba zapatos, uno compraba ropa y a uno le alcanzaba la plata, pero ahora no; con uno veinte (1.20) mejor dicho ni salga de la casa. (Dolly y María Belén Londoño Rodríguez, comunicación personal, 30 de agosto de 2018)

III

Saberes del oficio

A pesar de ser un oficio que no requería un proceso complejo de aprendizaje, el lavado de la ropa exigía conocimientos sobre el territorio, los materiales y las técnicas utilizadas que les garantizara, en este caso, a las lavanderas de Santa Elena, el cumplimiento de su trabajo. Y son justo estas especificidades las que le otorgan un carácter único al oficio de las lavanderas en este territorio; las que lo conectan al mismo tiempo con la identidad silletera, pues como se verá más adelante, se compartían saberes en todos los oficios que luego se reflejaron también en el transporte y la comercialización de flores hacia Medellín.



Fotografía Árbol Visual, 2018.

Esos primeros saberes se refieren al territorio. Las lavanderas de Santa Elena no eran mujeres que prestaran sus servicios en Medellín lavando en fuentes de agua localizadas en la zona urbana; ellas transportaban la ropa hasta Santa Elena porque era allí donde se disponía de suficiente agua corriente donde llevar a cabo su labor. La memoria oral y los hallazgos obtenidos durante el desarrollo de *Raíces, Cultura Sillettera* dan cuenta de un gran gremio de lavanderas ubicado en el sector El Rosario-Piedras Blancas, territorio de Santa Elena, límites entre los municipios de Medellín y Guarne. Al parecer, allí existían suficientes quebradas y *charcos*⁵ que les permitían a unas 200 lavanderas cumplir su labor. Otros sectores donde solía haber lavanderas eran las veredas Piedra Gorda y Mazo. Para el resto del territorio de Santa Elena no se recuerda que hubiera lavanderas en un gran número, y sólo se indica que el lavado de la ropa se llevara a cabo por las amas de casa como parte de sus labores en el hogar.

La quebrada o el charco debían cumplir con unas características mínimas. Por un lado, era necesario que hubiera abundante agua corriente que facilitara enjuagar la ropa sin tener que recoger el agua con recipientes; esa era la principal ventaja de lavar en estos sitios, no tener que cargar o recoger el agua. Así mismo, era importante contar con piedras planas en donde estregar la ropa. Finalmente, se buscaban sitios cerca de pastizales o *mangas*, como se las denomina comúnmente en Antioquia, donde se extendía la ropa durante los procesos de descurtido o secado. A veces los charcos estaban ubicados a unos cuantos metros de las casas de las lavanderas; sin embargo, en muchas ocasiones, ellas debían alejarse y bajar por

⁵ Referencia a quebrada o sitio donde hay agua corriente en poca o mediana cantidad; se diferencia del río el cual sí cuenta con un caudal más alto.

pendientes o cañadas hasta encontrar el agua corriente y en tales circunstancias, el trabajo de cargar la ropa se hacía más pesado.

Son pocos los materiales necesarios para lavar referenciados por las lavanderas. El principal fue, sin duda, el jabón. Casi todas indicaron que lavaban con *Jabón Escobar*. Este era una barra rectangular, de colores blanco o amarillo, que vendían en diferentes sitios, y provenía de una fábrica de Medellín, propiedad de un señor de apellido Escobar:



Fotografía Árbol Visual, 2018.

El jabón lo machacábamos en una piedra con otra, lo hacíamos en bolas. En Medellín, comprábamos el jabón y lo traíamos para la casa y en la casa lo machacábamos en una piedra con otra... jabón azul o jabón... primero era un jabón que se llamaba

Escobar que era de un señor que tenía una fábrica que se llamaba don Salviano Escobar, aquí en Medellín y era un jabón blanco y era muy bueno para lavar. Bueno y ahí esa fábrica se acabó, esa fábrica de jabón se acabó y ahí ya era con jabón blanco-azul, jabón azul, últimamente ya resultó fue dizque el *Fab*. (Ligia Londoño Rodríguez, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

La técnica descrita por doña Ligia Londoño parece haber sido la que practicaban muchas de las lavanderas, pues según sus descripciones, todo indica que la barra rectangular completa resultaba muy incómoda para su manipulación, y por tanto, no la llevaban así hasta las quebradas, sino que se reducía el jabón machacándolo y convirtiéndolo en bolas. Este jabón fue el que predominó en este territorio hasta más o menos los años setenta, cuando se masificaron otros jabones como el *jabón Rey*, proveniente del municipio de Fusagasugá en Cundinamarca o el jabón *Fab*, como se le conoce popularmente a los jabones en polvo, aludiendo a esta presentación bajo el nombre de una de las marcas comerciales más difundidas. Si bien es difícil calcular cuánto podía durar una barra de jabón Escobar, las lavanderas entrevistadas destinaban semanalmente parte del dinero que ganaban para comprar el jabón, lo que sugiere que gastaban al menos una barra a la semana.

Otro elemento utilizado por algunas de las lavanderas era las bateas de madera. Aunque preferían las piedras planas para estregar la ropa; en ocasiones llevaban bateas de madera para cumplir esta función o facilitar el transporte de la ropa de la casa hasta el sitio de lavado. Las bateas se adquirían en mercados locales, un objeto que debido al fuerte uso que se le daba y a su constante contacto con el agua y el jabón requería cambiarse en cortos periodos.

Ahora bien, parece ser que al estar en la quebrada no se requería una indumentaria muy especializada para lavar la ropa. Las mujeres indagadas recuerdan estar descalzas mientras se hallaban metidas entre el agua y lo hacían a media pierna o hasta la rodilla; sólo una de ellas indicó que también se usaban plásticos o batas de caucho para protegerse un poco de la humedad; no obstante, esto debió haber sido en una época más reciente cuando ya eran asequibles esos materiales. Hasta donde se puede indagar con las lavanderas más antiguas, ellas solamente usaban sus vestidos cotidianos, para ir a las quebradas y algunas usaban también unos pañuelos en la cabeza; no había ningún tipo de protección especial para las manos o los pies que les permitieran una mayor comodidad mientras realizaban el lavado de la ropa.

En cuanto a la técnica, las lavanderas entrevistadas hicieron referencia a un proceso idéntico en todos los casos. Un primer momento consistía en llevar la ropa hasta el agua y estregarla bien con abundante jabón; a continuación, en un segundo momento y quizás el más importante a la hora de garantizar la calidad del lavado, extendían la ropa enjabonada al sol o al sereno para despercudirla. *Asolear* la ropa, extenderla al sol, se hacía durante dos horas del día por lo menos, lapso durante el cual las mujeres debían remojar las prendas extendidas al sol de manera continua, para que no se secase. A este mismo proceso realizado en las noches se le llamaba *serenar* la ropa, sólo que en este caso no era necesario remojarla, pues el rocío de la noche o el clima fresco y húmedo típico de Santa Elena no dejaba secar la ropa con el jabón puesto. Cualquiera de las dos técnicas utilizadas –a veces se aplicaban las dos sobre las mismas prendas- era considerado por las lavanderas y las clientas la mejor forma de blanquear o quitar todas las manchas de la ropa; era lo único que daba certeza sobre el buen lavado de una prenda, por esa razón no confiaban –aún no lo hacen- en las lavadoras, pues como indicó doña Aurora Atehortúa “las lavadoras no asolean”. Finalmente, el tercer

momento del lavado consistía en enjuagar la ropa con abundante agua en la quebrada, después de lo cual se extendía al sol para el secado final. Doña Aurora Atehortúa resumió este proceso así:

Sólo jabón... cuando eso no había blanqueador, cuando eso no había *Fab*, ¡no! cuando eso no había nada de eso, sino solamente jabón. Eso se enjabonaba y se extendía al sol; sol y sereno, y quedaba hermosa. Muchas decían “seréneme la ropa que me quede bien bonita” y entonces la regábamos. Vea todo el día en este sol y toda la noche, y al otro día madrugábamos a jugarla, la extendíamos en los alambres y se secaba. Y sí quedaba bonita ¡pa’ que! (Aurora Atehortúa, comunicación personal, 10 de septiembre de 2018)

Mientras que doña Ligia Londoño Rodríguez lo describió de esta forma:

En la quebrada era que metíamos, eso eran unos charcos, todavía existe. Eran unos charcos grandes y había unas, digamos por allá está el charco y aquí están las piedras que eran piedras grandes para uno poner la ropa; metíamos la ropa al agua y la íbamos enjabonando, a lo que enjabonábamos una tanda nos poníamos a restregarla y cuando restregábamos esa tanda la sacábamos y la tirábamos al sol a “asolear”; a lo que se estaba asoleando que estaba ya como seca le tirábamos agua. [...] y a lo que ya la asoleábamos entonces ya la recogíamos. Eso tenía mucho trabajo ya, la llevábamos otra vez a la quebrada y la jugábamos y ya la poníamos a secar [...] eso la dejaba uno por ahí dos o tres horas al sol y de ahí ya la jugaba uno y volvía y la extendía al sol a secar y a lo que se secaba la recogía uno. Y ya la organizaba y la empacaba allá

en el costal para llevar la otra de vuelta a Medellín. (Ligia Londoño Rodríguez, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

Pero, para algunas lavanderas el proceso con la ropa no finalizaba allí. Aunque no eran tan frecuentes los tratos en los que debían almidonar y planchar la ropa, quienes sí debieron hacerlo se enfrentaban a procesos extenuantes en los cuales la experticia cumplía un rol fundamental. Para la almidonada se usaba un sobre de almidón que se adquiría en las tiendas de Medellín. Después de disolverlo en agua caliente, la ropa era remojada allí; cuando se secaba esta adquiría un efecto de rigidez, sobre todo en mangas y cuellos si se trataba de camisas, lo cual también sucedía con otras prendas del hogar a las cuales se les quería impregnar de una sensación de suavidad y rigidez al mismo tiempo, proporcionada por el almidón. Así lo describió la lavandera María Lía Alzate Rojas, de la vereda de Piedras Blancas, en Santa Elena:

Pues uno echa el almidón en agua caliente, entonces uno lo revuelve y para que quede como babosito y eso. Y entonces uno ya mete el trapo allá y ya sale para que quede tiesecita la ropa. No ve, caprichos de la gente; y entonces sí, la ropa quedaba, pues las fundas y las sabanas, eso quedaba tiesecito. (María Lía Alzate Rojas, comunicación personal, 1 de octubre de 2018)

De otro lado, en los años sesenta y setenta del siglo XX aún no se habían extendido las redes eléctricas hasta Santa Elena; por lo tanto, cuando se requería planchar la ropa era preciso usar planchas de carbón. En una parrilla de carbón similar a las utilizadas para calentar arepas se colocaban las planchas y después se tenía el cuidado de pasarlas por un cebo o un trapo que limpiaba el tizne del que quedaban impregnadas. Para agilizar el trabajo se utilizaban hasta dos planchas al mismo tiempo, de manera que cuando una se enfriaba la otra estuviera lista para su uso. Sobre el planchado de la ropa pocas lavanderas hablaron, pues no era un oficio

muy frecuente, y en todo caso, cuando se refirieron a éste indicaron que era de los trabajos más pesados que debían realizar.



Fotografía Árbol Visual, 2018.

IV

Transporte y distribución en Medellín

El trabajo que implicaba transportar la ropa; esto es, recoger o distribuirla entre la clientela y llevarla o traerla hacia o desde Santa Elena, merece un capítulo aparte en esta historia. En esencia porque este fue el factor diferenciador del oficio de las lavanderas silleteras de este territorio. Es gracias a la labor de *cargar la ropa* que resulta posible encontrar un vaso comunicante entre lo que significaba ser lavandera y lo que entendemos hoy como identidad silletera, pues en uno y otro caso había que ser experto en llevar cargas pesadas por un territorio montañoso.

En el tiempo de las abuelas y quizás más atrás, en el de las abuelas de las abuelas, cargar la ropa era una labor que se hacía a pie por los caminos escarpados de Santa Elena, que conducían por La Honda, La Cuesta o Enciso. Algunas mujeres encontraban apoyo en los arrieros de la familia, quienes como en el caso de don Alfonso Ríos montaban los bultos de ropa en los caballos para llevarlos hasta Medellín:

Había muchas lavanderas en la región donde yo me crie. Había muchas lavanderas, de profesión de eso. Ellas bajaban con caballo, mi mamá, por ejemplo, llevaba una carga en un caballo. Eran bultos así de grandes. Bajaba a llevarla el día lunes, la limpia, y a traer la sucia. Así hacían todas esas lavanderas. El trabajo de ellas era bajar los lunes a Medellín con esas ropas, a entregarlas en las casas. Entregaban la limpia y recogían la sucia... y hacían la carga para subirla en caballo. Por allá se subía mucho

a caballo con cargas de ropa. Habían unas primas de mi papá que tenían tres caballos, y los subían cargaos. Ellas eran tres, con unos bultos tremendos.⁶

Posteriormente, desde mediados del siglo XX, y quizás en unas décadas posteriores, en los años sesenta y setenta, la ropa que lavaban las lavanderas comenzó a transportarse mediante *chivas* o *escaleras*⁷ provenientes de Guarne, que cubrían algunas rutas que pasaban por Santa Elena hasta llegar a Medellín. De acuerdo con los rastreos que se pudieron hacer entre las lavanderas que aún quedan vivas y entre quienes conservan la memoria de aquella época, ésta parece haber sido una etapa “de oro” de las lavanderas, marcada por un medio de transporte en el que los bultos y las personas podían acomodarse a la perfección y una notable disminución en cuanto al tiempo destinado para el traslado. Se recuerdan con nitidez algunas de las rutas de estas chivas que los lunes y los viernes sólo recogían “roperas” –como se las denominaba comúnmente- apostadas en los caminos de El Ramal, Mazo, Piedras Blancas y Piedra Gorda, quienes iban hacia Medellín a distribuir ropas limpias y a recoger las sucias entre una desperdigada clientela.

Así pues, en los comienzos del oficio en este territorio, los hombres que bajaban y subían cargas en caballos eran el principal apoyo de estas mujeres, y más adelante lo fueron las chivas o escaleras como el medio de transporte que agilizó el proceso. Sin embargo, tal y como ha quedado registrado en la memoria de algunas de ellas, no estuvieron exentas de

⁶ Alfonso Ríos Ramírez (q.e.p.d.), vereda El Placer. Entrevista tomada de la primera fase de Raíces, disponible en sitio web.

⁷ Las chivas o escaleras son todavía uno de los principales medios de transporte automotor en los sectores rurales de Colombia. A diferencia de los buses, no cuentan con ventanas ni puertas, lo que permite el acceso directo de las personas a bancas horizontales. Adicional a ello, estos carros cuentan con un techo al que se accede a través de una escalera. El diseño de este vehículo facilita la carga de personas y enseres al mismo tiempo y por eso se ha utilizado en los sectores rurales en la carga de productos agrícolas o de otro tipo de materiales, en este caso bultos de ropa.

cargar las ropas sobre sus hombros, espaldas y en las cabezas, ni siquiera en la época de las chivas o escaleras, ya que debían seguir llevando los bultos de ropa hasta donde las recogía el carro que las transportaría. Los trayectos entre sus casas y dichos sitios eran a veces muy largos e implicaban someterse a las inclemencias del tiempo. Así lo recuerda doña Ligia Londoño Rodríguez, por ejemplo, quien rememoró la época en la que sus abuelos iban a pie por La Cuesta y, luego, cuando ella pudo hacer uso de las chivas:

A esa gente le tocó sufrir mucho porque era caminando con el viajecito desde, por aquí pues que era donde vivían, para bajar, por allí, que usted tal vez ha oído mentar dizque La Cuesta. Por ahí bajaba la gente con el viaje, por ahí volvían y subían con el mercadito. Y ahí a lo último ya salía uno era allá a la carretera de Santa Elena. Allá sí me tocó a mí, que de aquí nos íbamos por ahí a la una o dos de la mañana mi papá y yo con el viaje para salir allá a la carretera y muchas veces: agua, ¡Dios, misericordia!, cuando yo salía ahí a la carretera. Mejor dicho, donde me paraba hacía el charco de lo mojada, me tenía que quitar la bata y escurrirla, y escurrirla y volvérmela a poner y eso se me secaba en el cuerpo. (Ligia Londoño Rodríguez, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

En cualquier caso, es decir, con la ayuda de bestias o amarrado al propio cuerpo, los cargadores de cabuya, que hoy en día son reconocidos como un elemento central de la identidad silletera, cumplieron una función básica como principales sostenes. Cuando se habla del cargador de cabuya como una herramienta de trabajo del campo en Santa Elena se debe pensar entonces en estos casos, en los que para las mujeres el cargador también era un utensilio fundamental de los quehaceres cotidianos, para cargar ropa en costales de cabuya o para cargar flores en silletas.

Ahora bien, las relaciones que se tejían en estas chivas o escaleras incluían conocerse entre lavanderas al compartir diversas situaciones solidarias que se presentaban en el camino. Pero también pasaban por saber quiénes eran los choferes, que a su vez solían reconocer a las roperas a quienes se comprometían a transportar de ida y regreso, aun si tenían que acomodar los horarios de regreso a las necesidades de quienes por alguna razón no terminaban de distribuir ropas muy temprano. Ligia Londoño Rodríguez recordó el nombre de algunos de los choferes que la transportaron:

Todos han muerto, como era un señor que se llamaba don Fernando; este cómo es... ya se me olvidó; don Fernando, don Manuel Uribe, otro que se llamaba Ramón Ochoa, Miguelito Gallego, Vicente Gallego, Juan Gallego, ¡mucha gente, de los que eran choferes cuando nos tocó a nosotros! Juan Sánchez. (Ligia Londoño Rodríguez, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

La unión en este medio de transporte también la generaban situaciones atípicas, como los robos que ocurrían en la carretera, relatados por doña María Olga Ríos Hernández; o como esas otras ocasiones en las que los choferes paraban a ingerir licor en el camino de regreso, tal y como lo recordó María Lía Alzate Rojas:

Había veces que los conductores paraban por allá por la carretera de Guarne y había por allá un estadero donde una señora vendía cosas, y vendía, sí, vendía licor, y vendía empanadas, y vendía muchas cositas y a los choferes les gustaba mucho parar allá donde esa señora porque era muy especial. Y ya después dizque, en el kilómetro 14 que había una cantina y ahí también se paraban, y es que esos choferes primero bebían mucho. (María Lía Alzate Rojas, comunicación personal, 1 de octubre de 2018)

Las escaleras que llevaban a las lavanderas eran tan reconocidas en el territorio, que casi cualquier persona mayor de 60 años se refiere a estas como “los carros de las roperas”, e identifican en su desaparición una de las causas o consecuencias (depende del ángulo de observación) por las que ya no se ven lavanderas en Santa Elena.

De otro lado, un detalle fundamental referido al transporte y distribución de la ropa, y que sirve para entender las dinámicas de este oficio, proveído para la zona urbana de Medellín por Santa Elena, tiene que ver con lo relativo a la empacada de la ropa en talegos que a su vez eran metidos en costales de cabuya. Todas las lavanderas entrevistadas refirieron esta técnica, y aunque algunos rumores habían sugerido que las lavanderas transportaban las ropas en baúles, según lo indagado durante la investigación de *Raíces, Cultura Silleterera*, todas ellas utilizaron el empacado en talegos y en costales de cabuya como el sistema general de transporte. La ropa provenía de diferentes tratos o clientas y entonces era necesario distinguir la ropa de unas y otras. Dos elementos servían para esta diferenciación: la buena memoria y unos talegos que a veces eran personalizados, los cuales se ubicaban juntos dentro del costal de cabuya:

Eso tenía que tener uno muy buena memoria, y muy buena mente para que no se le confundiera la una con la otra, y, eso uno se fijaba bien, que había de una parte, eso se echaban en unos, las señoras eso le echaban a uno en unos talegos. Uno se fijaba, de un talego qué era y del otro qué era, y así. (Ligia Londoño Rodríguez, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

Ángela María Soto Atehortúa, hija de Lía Atehortúa, lavandera de Piedra Gorda, recuerda que los talegos eran, a veces, personalizados con dibujos de muñecas-lavanderas, y que en algunos de ellos había letreros que decían “ropa limpia” o “ropa sucia” según el caso. Pero también recuerda que en muchas ocasiones los talegos no traían nada y esto hacía necesaria

la buena memoria de su madre, quien por fortuna reconocía muy bien las prendas de sus diferentes clientas.

Ahora bien, este sistema se apoyaba en la vigilancia prenda a prenda que realizaban las clientas, quienes incluso llegaban a utilizar una libreta de apuntes en donde inventariaban cuáles prendas le encomendaban a la lavandera. En estos casos, la recogida y distribución de la ropa podía tardar mucho tiempo, pues la lavandera debía esperar pacientemente el conteo; y si en algún momento faltaba una prenda o aparecía dañada, era ella quien debía responder y generalmente lo hacía, por ejemplo, lavando gratis algunas tandas de ropa.

La ropa separada en talegos y cuidadosamente ubicada dentro del costal de cabuya era lo que llegaba a Medellín transportado por cada lavandera. Las entrevistadas en *Raíces, Cultura Silletera* mencionaron un sitio cercano a la iglesia de Boston, que se conocía como la calle Guarne; este parece haber sido uno de los lugares más utilizados como estación de las chivas. Una vez allí, las lavanderas buscaban una tienda o un *granero*⁸ confiable para guardar los costales; podía ser el mismo granero donde mercaban u otro en cuyo tendero o dueño confiaran bastante. Los talegos de ropa los sacaban de los costales de acuerdo con las rutas trazadas para los recorridos por los barrios donde residían las clientas; con esto evitaban cargar el bulto completo durante todo el día y se llevaban entonces, sólo los talegos necesarios.

La jornada de recogida y distribución de ropas duraba todo el día. Las chivas llegaban a Medellín a primera hora de la mañana y sólo al caer la tarde regresaban a Santa Elena. Eran

⁸ Tienda de suministro de mercado. Se denominaba así (aún hoy) porque los granos eran parte básica del mercado: maíz, frijol, arroz.

jornadas extenuantes para estas mujeres, pues su trasegar por Medellín era caminando y a veces los sitios a los que debían llegar eran muy distantes entre ellos.

V

Hacer tratos y hacer amigas

Uno de los mecanismos de supervivencia dentro del oficio de las lavanderas se relacionaba obviamente, con su habilidad para hacer nuevos *tratos*; es decir, con extender el negocio o tener clientas de forma permanente. Las relaciones de amistad que se tejían entre ellas servían en ocasiones para alcanzar este objetivo, pues cuando alguna se enfermaba y no podía responder por un trato, las mujeres de su círculo familiar cercano y las amigas le ayudaban a cumplir con los compromisos pactados. Así mismo, era usual que las familiares o amigas referenciaran a otra lavandera cuando no podían aceptar un trato nuevo o también que las clientas recomendaran los servicios de la lavandera a otra persona que lo requiriera si estaba satisfecha con sus servicios.

Por lo general, las relaciones con las clientas fueron calificadas como “buenas”. Con ello, las lavanderas hacen alusión a que eran clientas que pagaban el valor solicitado por el servicio y que incluso, algunas veces tenían gestos de cortesía con ellas como, por ejemplo, brindarles algo de tomar o incluso ofrecerles desayuno o almuerzo. Todo esto ayudaba a consolidar y a fidelizar el lazo lavandera-clienta, hasta presentarse situaciones como las que refiere la lavandera Dolly Londoño Rodríguez, quien hasta 2018 tuvo por clienta a una señora a quien su mamá le lavaba la ropa. Es decir, dos generaciones de lavanderas de una misma familia que conservaron la misma clienta y sólo cuando ésta fue trasladada a un hogar geriátrico dejó de utilizar sus servicios. Según Dolly Londoño Rodríguez a dicha clienta nunca le gustó lavar

su ropa en lavadoras y por ello optó por seguir con su lavandera de cabecera —en este caso con Dolly- hasta sus últimos días.

Hubo clientes recordados por su fidelidad, por ese lazo que se construyó con la lavandera, y que a veces parecía inquebrantable; y hubo clientes recordados por las particularidades de los tratos. Es el caso, por ejemplo, de la señora Lía Atehortúa, de Piedra Gorda, de quien su hija Ángela Soto Atehortúa afirmó que había tenido como clientes a unos carniceros cuyas ropas presentaban una dificultad mayor debido a las manchas de sangre, típicas de este oficio; también a unos universitarios de la sede de la Universidad Nacional en Santa Elena, y cuyas prendas requerían lavar manchas de tierra derivadas de su trabajo en el campo; y a las señoritas de un internado del barrio Prado Centro, de quienes lavaba un número significativo de uniformes.

Sin embargo, más allá de las relaciones clientas-lavanderas, este oficio sirvió igualmente para generar vínculos entre ellas, unas mujeres pobres que de otra forma difícilmente se hubieran consolidado. Si entre las mujeres ricas o acomodadas se creaban costureras o sociedades de beneficencia que les permitían interactuar y darse a conocer en sociedad, para las lavanderas existía el charco y la chiva como esos espacios de sociabilidad y solidaridad femeninas; eran sitios reservados para su privacidad en donde las mujeres podían conversar sin tapujos de los temas que sólo les competían a ellas, en donde solían compartir frutas o golosinas, o podían, incluso, bañarse evadiendo las miradas de los hombres:

Éramos toda una misma familia. O sea, montábamos todas en el mismo carro, a conversar y traían mecatos y repartíamos y cuando uno en esa época, había pues, de los clientes que uno tenía eran muy formales, y a uno le regalaban en esas casas naranjas, bananos, y mucha cosa y eso uno en el carro con las amigas repartía. (Ligia Londoño Rodríguez, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)



Lavanderas, oficio de silletteras

Cabe decir que, entre las lavanderas entrevistadas, algunas expresaron el gusto que sentían por este oficio que les permitía resolver algunas necesidades económicas de forma independiente con relación a los hombres, y que, además, posibilitaba que salieran del confinamiento del hogar y dejaran por un momento el cuidado de los hijos para distraerse junto con otras mujeres.

VI

La salud, la tecnología, lo legal y la desaparición del oficio

La desaparición del oficio de lavanderas en Santa Elena implicó la extinción de situaciones particulares que emergieron en momentos de la vida de cada lavandera y en diversos contextos históricos. La principal está asociada con la entrada en la vejez y el deterioro de las condiciones de salud; podría decirse que este fue el motivo central del retiro de muchas lavanderas, pues llegaban a unas edades en las que las enfermedades les impedían cargar bultos de ropa o permanecer mojadas muchas horas en medio de las quebradas. Aunque las lavanderas entrevistadas no señalaron este oficio ni la permanencia en el agua como las causas centrales del deterioro de la salud, sí reconocieron que provocaba algunas afecciones frecuentes como gripas o dolores artríticos:

Eso siempre le da a uno, pues enfermedades como es el virus de la gripa eso sí es muy frecuentemente y también será el frío, tantos dolores, del frío del agua, le dan a uno muchos dolores en los huesos. (Ligia Londoño Rodríguez, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

En todo caso, es importante tener en cuenta que estas mujeres lavanderas hacían otros oficios y destinos domésticos que ponían en riesgo su salud; así lo relata María Lía Alzate Rojas, en Piedras Blancas:

Gracias a Dios que no, yo lavando pues no me llegó a dar nada, una gripa de vez en cuando y me pasaba rápido. Pero yo así como de otra cosa pues no me llegué a enfermar. Y hasta que me enfermé mucho y me llevaron allá [al hospital] me dijo el médico: —“no, usted está sufriendo de los pulmones y es de cocinar con leña”—. Porque ellos me preguntaron: —“¿usted fuma mucho?”— Y yo le dije —“¿fumo? Yo no fumo”—.

Entonces me dijeron: —“es que usted cocina con leña y usted no va a poder volver a cocinar con leña”—. Y esta es la hora que la EPS no; estuvo luchando mucho para que me dieran el permiso pues para los exámenes y no. Que la EPS, pues, mejor dicho, sino. Con la EPS sí, mejor dicho, se muere el paciente. (María Lía Alzate Rojas, comunicación personal, 1 de octubre de 2018)

De otro lado, los accidentes laborales durante el oficio no parecen haber sido frecuentes, pues no fueron mencionados en las entrevistas cuando se indagó por ellos. Se indicó, eso sí, que estas mujeres evitaban el agua si habían sufrido cortadas o contusiones, pues ello dificultaba la coagulación de la sangre y se intensificaba el dolor.

Durante la segunda mitad del siglo XX, a la reducción del número de lavanderas por condiciones de salud o por la entrada en la vejez se sumó el poco relevo generacional que tuvo el oficio. Era la época del crecimiento urbano de Medellín, donde se ofrecía otras posibilidades de empleo a las mujeres, en fábricas -en especial de tejidos- almacenes, negocios o como sirvientas internas en las casas, para realizar los *destinos* domésticos; algunos de esos empleos eran mejor remunerados que lavar ropa o llamaban su atención por significar la movilidad del campo hacia la ciudad en la búsqueda de nuevas oportunidades.

La novela de Jaime Sanín Echeverri, *Una mujer de cuatro en conducta*, aunque apela a la ficción esboza uno de los tantos retratos alusivos a lo que podía vivir una mujer de Santa Elena a mediados del siglo XX (Echeverri, 1976). La historia de su protagonista, *Helena*, es la de una mujer decidida a buscar un “mejor futuro” en la ciudad, pero cuyo sueño se convierte en un periplo que la lleva de trabajar en una fábrica de tejidos a mendigar en las calles y a trabajar después en un café-taberna y en un burdel; todo ello, por haber quedado

en embarazo siendo soltera, una condición fuertemente juzgada por la sociedad conservadora de Medellín en aquella época. La historia de Helena es incluso reconocida como una metáfora de lo que le ocurría a la quebrada Santa Elena cuando llegaba a la ciudad de Medellín a mediados del siglo XX: el estado cristalino con el que nacía en las montañas fértiles del territorio de Santa Elena se corrompía en la creciente ciudad al recoger los desechos urbanos, hasta convertirse en un canal de aguas sucias mientras más se adentraba en el territorio urbano. Cabe decir que en la actualidad no se piensa en la quebrada de Santa Elena como la que atraviesa la ciudad, ni siquiera para recoger los desechos, pues con la construcción de la Avenida La Playa, esta fue canalizada y cubierta con pavimento hasta quedar invisible, lo cual ha borrado por añadidura, esa parte de la historia de una ciudad que escribieran las mujeres lavanderas de Santa Elena.

La de Sanín Echeverri es una novela que habla más de la quebrada de Santa Elena que de una mujer en particular y por eso esta referencia debe atenderse con reserva y cuidado, sobre todo para no idealizar bucólicamente a las mujeres que se trasladaron del campo a la ciudad, y mucho menos a las lavanderas de Santa Elena, quienes en un gesto inverso al de Helena llevaban la suciedad de la ropa de Medellín hasta las aguas cristalinas de los nacimientos en aquel territorio. Sin embargo, sí puede afirmarse que las dinámicas urbanizadoras tuvieron su parte en la disminución del número de lavanderas.

Ahora bien, en medio de ese engranaje urbanizador y modernizador también jugó un rol preponderante la aparición de las lavadoras eléctricas. Las innovaciones tecnológicas y su popularización en Medellín significaron el reemplazo de la mujer por la máquina y la simplificación de un oficio en el que “asolear” y “serenar” fueron acciones que se eliminaron totalmente.

El testimonio de la lavandera de Piedras Blancas, María Lía Alzate Rojas, da cuenta de ese momento de la historia, cuando muchas mujeres de Santa Elena se fueron a vivir a Medellín y en el que, a la vez, las lavadoras comenzaron a reemplazar el trabajo de las lavanderas:

Pues cuando mi mamá, se murió entonces ya quedé yo. Mi hermana se fue a vivir a Medellín. Yo ya tuve que ir dejando ropas, pues, porque yo no era capaz, de la cantidad de ropa que mi mamá lavaba. Todos se fueron a vivir a Medellín, no me quedé sino yo y un hermano mío que era especial y él fue el que se quedó conmigo. Y entonces yo ya fui mermando la ropa, ya fui mermando la ropa y ya unas consiguieron lavadora. Y entonces así, se fueron acabando y yo las fui dejando y a lo último pues, ya lavaba más poquita ropa, como un bultico de ropa y ya, todo se iba acabando porque, pues, yo ya sola y apenas con esta muchacha chiquita. Y entonces yo ya tuve que dejar muchas ropas. Lo que sí era, a mí me tocaba planchar, la poca ropa que traía si me tocaba plancharla. Y entonces siempre duré mucho tiempo así y ya después a lo último, pues ya, fueron que consiguiendo lavadora y entonces ya, y otras las fui dejando y ya me quedé como con cuatro señoras. (María Lía Alzate Rojas, comunicación personal, 1 de octubre de 2018)

Todas estas situaciones que derivaron en la extinción paulatina de este oficio fueron reforzadas con las restricciones legales que limitaban los lugares en donde las lavanderas podían trabajar. Se tiene noticia de restricciones desde el siglo XIX. La historiadora Alba David Bravo investigó los oficios que las mujeres desempeñaban en Medellín durante dicha centuria y constató la importancia del trabajo de las lavanderas como un oficio diferenciado; de él se registraron para la ciudad de Medellín 147 mujeres en 1851 y 134 en 1906; en 1851

era el tercer oficio con mayor número de mujeres después de las costureras y las cocineras; y en 1906 repitieron ese lugar, pero después de las costureras y las aplanchadoras. Así mismo, esta historiadora verificó en archivos históricos de entidades públicas, cómo la Alcaldía o las inspecciones de policía, el permanente control que se ejercía sobre las aguas que atravesaban la ciudad; y sugiere que dada la demanda de éstas y la falta de acueductos y alcantarillados se vigilaba que labores como el de las lavanderas no se llevaran a cabo en ciertos sitios. La historiadora describe tal situación de la siguiente manera:

Las lavanderas con su oficio de mantener limpia la ropa de todos, por el carácter esencial del agua en la vida humana y las dificultades en su aprovisionamiento, realizaron su oficio bajo el ojo vigilante de autoridades y vecinos. La serie de “Resoluciones” del Fondo Alcaldía, del Archivo de Medellín, da cuenta de esta situación. Se solía advertir a las lavanderas bajo pena de multa no lavar en determinados sitios. En 1872, por ejemplo, fueron conminadas con diez pesos de multa cada una de las mujeres que lavaban ropa en la quebrada que atravesaba el Camino Carretero y una propiedad privada por causar daño a dicho Camino. En ocasiones tendían la ropa en lugares indebidos lo que también les valía multas. En otro caso en 1871, varias lavanderas fueron apercibidas con cuatro pesos de multa para que se abstuvieran en lo sucesivo de tender ropas en el puente de Palacé. Con lo mal remunerado que eran los oficios femeninos debió ser doloroso pagar dichas multas. (Bravo, 2007, pág. 95)

Y más adelante indica:

Estas fueron algunas de las disposiciones que obligaron a las lavanderas a buscar otros lavaderos, y en consecuencia cargar sus atados de ropa cada vez más lejos. De todas formas, el deterioro de las aguas ya hacía estragos en las quebradas de Medellín. Con

el servicio de agua corriente en las casas, a las lavanderas les esperaban otros escenarios para realizar su oficio, en los patios y solares de las casas, se dispondría los nuevos lugares para el lavadero. Sus charlas mientras lavaban ya no serían con sus compañeras de oficio sino con las amas de casa que las contrataban por días enteros.

(Bravo, 2007, pág. 96)

Esta historiadora nos invita a pensar en que las disposiciones legales sobre las aguas de Medellín fueron uno de los motivos que hicieron que las lavanderas tuvieran que trasladarse cada vez más lejos de la ciudad para cumplir con su labor, quizás en charcos ocultos a las miradas permanente de los policías. Si eso fue así, se podría decir que una de las posibles explicaciones para la proliferación de lavanderas en Santa Elena durante tres generaciones de mujeres, se inició con las abuelas de las lavanderas entrevistadas hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX. Pero, de todas formas, se debe tener en cuenta que el Valle de Aburrá y sus alrededores contaba con más sitios que para la época surtían de agua la ciudad y en los cuales pudieron haber llegado y conformado otros grupos de lavanderas; es el caso de los corregimientos de San Cristóbal, San Sebastián de Palmitas y San Antonio de Prado, por ejemplo.

Sobre las disposiciones legales, por ahora no se cuenta con más referencias de archivo. No obstante, por lo menos un testimonio de una de las lavanderas entrevistadas indica que la vigilancia también se ejercía en el territorio de Santa Elena; y que como parte de las demandas para el ejercicio de su labor, ellas debían contar con mecanismos de recolección de aguas sucias que evitaran la contaminación del agua que terminaba surtiendo a la ciudad. María Lía Alzate Rojas lo contó de esta forma:

-María Lía: en la quebrada no nos permitían lavar.

-Entrevistadora: ¿no?

-María Lía: no, era en un lavadero que tenían allí y ahí estaba el nacimiento del agua, y el agua llegaba al lavadero, pero en la quebrada...vaya que uno se metiera en la quebrada para que vea.

-Entrevistadora: y ¿quién no lo dejaba?

-María Lía: no, a uno no lo dejaban lavar en la quebrada.

-Entrevistadora: pero...

-María Lía: pues cómo; cómo nos van a dejar lavar en la quebrada si la quebrada es el agua que va para Medellín.

-Entrevistadora: ah ya.

-María Lía: entonces eso no lo permitían. Uno tenía que tener unos hoyos para recoger las aguas sucias [...] Es que no permitían que uno...pues cuando eso, mejor dicho, los guarda bosques se mantenían vigilando los lavaderos. Eso había quien vigilara los lavaderos cómo tenía uno los lavaderos para que el agua no fuera a caer a la quebrada.

(María Lía Alzate Rojas, comunicación personal, 1 de octubre de 2018)

Los guarda bosques de Santa Elena han sido referenciados en esta ocasión, pero es preciso acotar que se habló de ellos con más frecuencia en la indagación por los oficios asociados a la extracción de productos del bosque. Eran personas que cumplían funciones policivas dentro del territorio de Santa Elena para que sus habitantes no extrajeran los recursos que eran aprovechados a su vez por Empresas Públicas de Medellín o por la Alcaldía de Medellín en la realización de obras para la ciudad. Aunque el testimonio de María Lía Alzate no fue verificado en los testimonios de otras lavanderas es muy probable que ello haya sido cierto,

y que los guardabosques hayan cumplido un rol dentro del territorio que terminó reforzando el desplazamiento o la extinción del oficio de las lavanderas.

Lo cierto del caso es que ya no hay lavanderas en Santa Elena, o sí las hay, pero sólo contando la historia, pues su labor la ejercen para ellas mismas, para su familia y ya no como un servicio que le prestan a la ciudad de Medellín. Conocer este quehacer, destino u oficio, como quiera llamársele, es parte de la reconstrucción necesaria de las memorias y los patrimonios del territorio de Medellín y del corregimiento de Santa Elena. Acercarse a las relaciones rur-urbanas que han construido estos espacios y a estos seres humanos amplía la comprensión del alcance de las relaciones que se tejieron en otras épocas.

A estas lavanderas fue posible llegar mediante las historias y memorias de los silletteros, pues como se indicó al inicio de este relato, ellas y sus familias hacen parte del entramado identitario de los silletteros y silletteras. Cuando se piensa en familias silletteras es necesario pensar en familias con múltiples oficios que tienen como común denominador atravesar trochas y caminos con cargadores de cabuya amarrados desde las cabezas para llevar un producto a Medellín: flores, frutos, arepas, quesitos, papas, leña, carbón y por supuesto, ropa limpia.

Referencias bibliográficas

Bravo, A. D. (2007). *Mujer y trabajo en Medellín. Condiciones laborales y significado social 1850-1906*. Medellín: Instituto para el Desarrollo de Antioquia –IDEA-.

Echeverri, J. S. (1976). *Una mujer de 4 en conducta*. Medellín: Ediciones Bedout.